

# Los dioses que podemos tocar

Fernando Esteban Canticus Nastacuas

Estudiante de Comunicación Social

Segundo puesto

“Carpe diem” era su frase favorita antes de que su cuerpo fuera encontrado frío y mojado, en el manantial del Corazón Blanco.

Ella, de sangre vegueña y guayaqueña, despertaba como todos los nuevos días. Los pájaros trinaban suntuosas melodías, canciones que retumbaban las profundidades del bosque; el sol, iluminaba los jardines de malvas; el río Pulgande rodeaba la Vega; el nuevo firmamento reflejaba su majestuosidad; los cervatillos eran alimentados por sus madres; el humano mojaba las faldas del vivero; la serenidad se conservaba y el colibrí, seguía siendo ese mensajero de las entrañas del bosque.

Todo eso que se nombró era para Aurora, lo más misericordioso que la vida nos podía haber regalado; ella era una joven bella, de aproximadamente diecinueve años de edad, que se alistaba para ir a trabajar hacia la Guayacana. Se perfumó de rosas y claveles, cuidó a sus pajaritos; coqueta, regó sus malvas y unos besitos que estaban encima de un pedestal. No alcanzó a prepararse nada porque iba muy tarde; solamente, tomó y masticó unas galletas.

Parecía que, entre las nubes, ella salió en su transporte de ocho patas; el macho se llamaba ‘Salvaje’ y la hembra, ‘Muñeca’; eran como sus amigos y acompañantes del camino, pero más que eso, eran el único regalo y recuerdo que le había dejado su abuelo materno, don Arcaico, un señor dueño de la hacienda ‘La Casa Grande’, ubicada aproximadamente a tres kilómetros del pueblo de la Guayacana.

El camino de la Gualpa estaba desagradable; había mucho lodo por doquier y se le dificultaba a la berlina seguir, porque las ruedas se empañaban de lodo, causado por las fuertes lluvias que habían caído la noche anterior. Salvaje y Muñeca tampoco podían continuar porque se lastimaban demasiado las cañas; además, Aurora sabía que aquellas condiciones no eran buenas como

para que una yegua caminara en estado de embarazo, así que decidió parar, justo en la cabaña de los Florentinos, a fin de ver si alguien de la familia podía llevarla hacia la Vega.

“¡Buenas!”, gritó Aurora, pero nadie contestó; abrió las rejas oxidadas y se encontró con un anciano entre los anturios; vestía de un color dorado verdoso fosforescente; tenía el cabello tan sedoso..., sus manos eran pequeñas como las de un niño de ocho años y su voz era tan diminuta..., pero a la vez gigantesca; era extraño, porque rara vez los Florentinos dejaban pasar a las personas hacia el ramón de anturios, a menos que los fueran a limpiar de las malezas, ya que aquellas flores para doña Florinda eran de gran cariño.

- Señorita, Lunde, ¿qué se le ofrece?, preguntó aquel anciano extraño.
- ¿De pronto, se encuentra Emil?, preguntó Aurora; él respondió: “¿Emil? No sé quién es; no conozco a ese pollo”, exclamó con la cabeza un poco agachada.
- Pero, si él vive aquí, justo al lado del guayacán, respondió Aurora.
- No sé, señorita; me lamento no saber dar esa información, -contestó.
- Pero, ¿quién es usted?, preguntó Aurora, con curiosidad.

Él respondió: “¡Soy el Quind... no, no, no, no, yo soy; eso no importa chiquilla!”, exclamó.

Aurora quedó con la duda, pero lo que sí pensó es que, tal vez, aquel anciano era un pordiosero que, por circunstancias, había entrado a la cabaña a pedir una limosna o, ... a robar.

- Me tengo que ir, Lunde Aurora; se me hace tarde para llegar al manantial, le dijo a Aurora.
- ¡Espere!, ¿será que usted me puede llevar? Voy hacia La Guayacana; está cerca de aquí, al otro lado del puente, porque el camino está muy chuquioso y mis animalitos... pues se lastiman demasiado; ¡por favor!, suplicó Aurora.
- Yo no tengo carroza, ¡muchacha! Yo ando a vuelo ligero, -respondió el anciano. ¿Acaso miras otra berlina, que la tuya? -añadió.
- Mmmm, ¿usted sabe manejar muy bien la berlina? -preguntó Aurora.

Él respondió que sí, llegando a un consenso de darse la mano. Aurora no sabía manejar bien la berlina, pero él sí, así que se subieron y siguieron la trayectoria del camino.

–Y, ¿qué estaba haciendo entre los anturios, señor?, -preguntó Aurora, mientras el caballo y la yegua relinchaban entre el lodo.

Ignorando la pregunta, él, preocupado, comentó: “Señorita Lunde, parece que nos tocó tomar un atajo; sus animales están muy débiles; así, jamás llegaremos a nuestros destinos; ¿qué no les da de comer?”

– No, ¿qué le pasa? Les doy de comer todos los días, señor, -respondió Aurora.

Se bajaron, amarraron a los animales en un pasto y tomaron el atajo, adentrándose hacia el bosque.

- Yo no lo conozco, señor, pero si alguna cosa me llegara a pasar, la vida misma se lo va a cobrar, señor, o le doy un varazo con este garabato, ¿oyó?
- No se preocupe, Lunde; en este bosque nadie se pierde, nadie se muere, a menos que no se sepa los laberintos del bosque, -dijo
- ¿Laberinto? preguntó Aurora.

En ese preciso momento apareció una señora chaparrita, desesperada, con una cara de zozobra.

- ¡Quinde! Por fin te encontré, querido grano de mostaza; no sabes lo que está pasando; sin corazón, al penúltimo antaño, guayacán, lo tumbaron y ¡plum! cayó al suelo; nanita se está debilitando... ¡Una humanaa! -gritó y vocalizó unas palabras: “Lucky midday” y se transformó en un animal grande de dos patas, con plumaje abundante y, salió corriendo.

Aurora, de la impresión se desvaneció y cayó sobre el monte. Después, despertó “en un pequeño lugar llamado luna”; no reconocía el lugar, pero lo que sí se daba cuenta era de la gran cantidad de flores que había.

- ¿Dónde estoy? preguntó Aurora.
- En un pequeño lugar llamado luna, lugar donde los dioses de la vida se esconden del cruel mundo de los humanos, -respondió, Quinde.
- No entiendo; creo que estoy soñando, -respondió y se dio ¡pum!, un golpe con la pared, para despertar.
- Niña, no hagas eso, que te vas a lastimar; es más; ven, colócate esta bata, para que no te haga mucho frío, y come, porque parece que no tienes nada en ese buche -habló Ventus, la mujer chaparrita.

Aurora, confundida, comió, porque estaba demasiada hambrienta. Y en ese transcurrir, llegó un hombre de blanco, más blanco que la nieve, cabellera larga, ojos más negros que la noche y alto como el árbol de guayacán; entre el tarareo comenzó a relatar:

- ¿Quiénes somos?, somos como el viento: transparentes, que entre los humanos vivimos conectados, visiblemente, aunque estos lo ignoren constantemente. Somos amor, agua, aire, tierra, monte, animales, flores, somos naturaleza.

Intervino Quinde:

- Lo que pasa, Aurora, es que nana, nuestra querida nana, madre manantial, Corazón Blanco, se está debilitando; o sea, se está acabando su ojo de agua; ayer pasó un diluvio y teníamos las expectativas de que el nivel del agua iba a aumentar, pero sucedió todo lo contrario. Cada día que pasa, su sangre que mantiene viva a esta vega, su agua se esfuma y eso es malo, tanto como para

el bosque, como para el río Pulgande y, por supuesto, también es malo para esa plaga que vive en la Vega, La Guayacana. Como has de saber, Aurora, el manantial de Corazón Blanco es quien le da vida al río del Pulgande; entonces, si nana deja de vivir, el caudal del río se va a secar y el bosque va a morir... ¡Qué horror! Y no solo eso; lo peor viene después: el hombre tumbó hace muy poco el penúltimo árbol de guayacán... Y, cuando el último caiga, el hombre se dará cuenta de que no se podrá alimentar con el dinero, porque ese día, estas tierras de vegas desaparecerán, -añadió, con un sentimiento melancólico.

- La abuelita Glinguerina debe saber cómo prevenir esto, -insinuó Ventus.
- ¿Quién es ella?, preguntó Aurora, asombrada por todo lo que había escuchado.
- Ella es una sabia partera del pueblo; ella era la anterior nana del manantial del Corazón Blanco, -respondió Ventus.

De tal manera, los hechos seguían sucediendo. Aurora, muy asombrada por todos los relatos y por el grave peligro que todos como casa común iban a vivir, decidió, sin conocer el poder de la ley, de la naturaleza, ser una colaboradora, para así aportar un granito de arena con su ayuda. Todos se alistaron para ir al pueblo a visitar a Glinguerina: Aurora se colocó un bata grande de color verde que le llegaba hasta los pies; Quinde rejuveneció; Diente de León se tornó como el aura de la noche y Ventus, solo alargó unos cuantos centímetros.

Mientras caminaban hacia la Vega, interactuaron bastante. Quinde dijo que le encantaba volar demasiado y chupar el polen de las flores; Diente de León, que le gustaba volar, mientras duraba; Ventus, refrescar las mañanas, y Aurora, que le gustaba ver que la naturaleza siguiera omnipresente en cada mañana, con ese color verdoso.

Llegaron al lugar. La Vega estaba llena de muchedumbre; era día de mercado y, por lo general, la plaza de mercado de La Guayacana se llevaba el premio de bullicio.

Glinguerina estaba sentada justo en la fuente de la angustia, lugar denominado así, por los hechos sucedidos hacía 45 años.

- Mi señora Glinguerina, mucho gusto; la estábamos buscando, su señoría, -dijo Quinde.
- Shhh, silencio; estoy escuchando cómo estas estatuas gritan; no puedo creer que estas estatuas representen esa angustia de aquellos niños mientras intentaban escapar del peligro; solo eran niños que estaban jugando, pero el Chicana les arrebató sus vidas... ¿Qué sería, en qué les puedo colaborar? -añadió Glinguerina.
- Señora, usted era nana del manantial del Corazón Blanco, y pues lo que pasa es que...

Se escuchó un gran estruendo, que los dejó a todos sordos; venía de la profundidad del bosque; la muchedumbre empezó a correr; unos caían y los demás los pisaban.

De pronto llegó un señor; junto con su rebaño, traía una cara de muerto:

– ¡Auxilio!, una cosa gigantesca se comió a mi esposa; iluminaba más que un sol; le arrancó el brazo y viene allá, persiguiéndome, muy cerca del puente.

Todo el pueblo intentaba socorrerse, mientras unos gritaban y lloraban. El suelo temblaba.

– Tranquilos, animales mágicos; si ustedes no se saben defender, yo lo haré, -dijo Glinguerina.

– Pero, señora, cómo nos vamos a enfrentar con ese gigante que viene, si nuestros poderes no son más que algo significativo, -dijo Ventus.

– Cállense; y, es más: lleven a la humana hacia el jardín; yo me quedaré aquí, luchando. ¡Ahora!

Todos corrieron entre las calles de la Guayacana, hasta llegar al jardín, mientras Glinguerina se encontraba con aquel gigante.

El reloj sonó y ella, nada que llegaba, mientras todos los que conocían aquel lugar intentaban mantener el silencio en el jardín. Ya había pasado una hora; el sol caía, las nubes oscurecían el jardín y el crepúsculo iluminaba otro anochecer.

Glinguerina llegó; todos preguntaron: “¿Qué pasó?” Ella dijo:

– Nada; absolutamente nada; no era una cosa peligrosa; más bien, era alguien... bueno... ese señor Rogelio exageró que a su mujer le habían arrancado una extremidad; solo la agarró y le preguntó la dirección de donde yo vivía; ella está más bien que el futuro del bosque.

Comentó Diente de León: “Ah, ya sé quién es; es el espíritu de mamá guayacán”; “Sí, sí, sí, ella misma” -interrumpió Glinguerina; “y lo que me dijo es que los Florentinos tienen toda la culpa de lo que le está pasando a nana, madre manantial del Corazón Blanco; mi corazonada me decía que esa señora Florinda no iba a usar muy bien la magia que nos dio don Arcaico.

– Yo sí dije que esa señora tenía algo que ver; por tal razón la visité esta mañana, pero lo raro es que no había nadie en la cabaña; más bien, me terminé tropezando con Aurora, -dijo Quinde.

Intervino Aurora, sorprendida:

– ¿Mi abuelo Arcaico?

– Sí, señorita Lunde, su abuelo; aún recuerdo perfectamente cómo aquella noche, él, antes de que se adentrara en el sueño profundo, nos concedió dones; seis dones; tres fueron para mujeres; yo soy una de esas mujeres; Florinda es

otra; la tercera mujer no supimos quién fue; solo dijo una frase; creo que fue, del retoño de mi hija Nora. Los tres más, tampoco supimos quiénes fueron.

– Mi abuelo, ¿quién era? Estoy confundida, -dijo Aurora.

– Señorita Lunde: su abuelo fue uno de los excelentes dioses que pudo haber tenido el bosque; no puedo creer que usted no lo supiera; él era la segunda alma mater de este bosque; ¿su familia, no se lo dijo?, -exclamó Glinguerina.

Ella, desconcertada, no supo cómo reaccionar, pero lo que sí tuvo, fue el presentimiento de que ella era la tercera mujer en recibir el don, ya que su abuelo siempre, por la tarde, le contaba las predicciones que la vida le iba a presentar: la de los seis guardianes del guayacán. Entonces, no dudó ni un segundo sobre lo que su abuelo le relataba.

– Entonces, ¿qué vamos a hacer para que el manantial del Corazón Blanco no decaiga? -preguntó Aurora.

– Lo que vamos a hacer es actuar de inmediato; la tercera mujer, quien recibió el don, es la única que puede solucionar toda esta desgracia. Mañana empezará el día *Hjerte Gul*; ese día los guayacanes florecerán con todo su esplendor; su grandeza y ese amarillo irradiarán más que el sol; ese día ella debe aprovechar para arrancar las flores que el árbol le permita y coser un tapete, para así deshacer el hechizo que Florinda derramó sobre el bosque. Muchachita: ya sabes qué hacer; entonces, ya nos vemos; que tu dios te cuide de tu obligación, -dijo Glinguerina.

La noche pasó; el día se pronunció y los ojos de Aurora se abrieron. Salvaje y Muñeca relinchaban y lamían el pelo de Aurora, mientras ella se levantaba sonsa y confundida. La berlina se había accidentado justo en frente de la casa de los Florentinos y Aurora, del impacto, había quedado inconsciente durante todo el día, hasta al día siguiente.

Muñeca había tenido al potrillo, durante la noche.

– Señorita, su yegua ha parido un caballito, -dijeron una niña y un niño. ¿Qué le pasó?, ¿Por qué se quedó dormida en medio del camino?

– Ya te dije, Carlitos; de pronto no pudo seguir el recorrido, porque la yegua tuvo contracciones; no seas bruto; la señorita esperó hasta que la yegua se desocupara, -respondió Sanz.

– Pero... ¿se encuentra bien? Señorita, mire, coma un poco de postre hecho de mora, mire, coma, ya nos vamos; que tenga un feliz día del *Hjerte Gul*.

– Esperen, no se vayan, quiero que me ayuden, -suplicó Aurora.

– Lo siento, señorita; tenemos que llegar hasta el manantial del Corazón Blanco; vamos a traer agua en estas cantinas, ¿qué no ve? -dijo, Carlitos.

– Sí, pero quiero que me ayuden, con un favor, a coger todas las flores de ese guayacán, -suplicó Aurora.

– Carlitos, no seas malo, ayudémosle, ¿sí?, además, nosotros tenemos el día libre, porque hoy no se trabaja; ¿qué nos cuesta ayudarle a esta joven? Por cierto, su potrillo está muy lindo.

El niño accedió y prosiguieron a recolectar las flores posibles del guayacán. Las flores eran tan amarillas, más que el oro y el sol; relucían entre las demás especies.

– ¿Qué hacen? Atrevidos niños, preguntó abrumado el guayacán.

Sorprendidos, reaccionaron:

– Aaa... agarrando sus flores, señor.

– Qué pena con usted; desde nuestra parte, fue de mal gusto invadir su propiedad y su dignidad, -dijo Aurora y, prosiguió justificando: -Somos, solo unos seres que queremos sus flores brillantes, producto del rayo y su encanto; es más: si no lo hago, usted, la vida del bosque y del manantial están en grave peligro.

– Lo sé, señorita; yo fui testigo. Estos ojitos miraron cómo ese hombre alto, de piernas secas, un brazo destapado, sombrero gigante, ojos relucientes como el fuego, voz aterradora, era él, el que todo mundo conoce, llegó aquí, tocó la puerta de los Florentinos; Florinda le abrió, tuvieron una discusión; entre más aguacero caía, más el ambiente se volvía pesado; era terrible. La lluvia caía; de pronto, aquel hombre alto lanzó algo maligno sobre los Florentinos y desaparecieron; no sé en qué se transformaron, pero lo que sí Florinda alcanzó a decirme es que ese hombre había resurgido con el único interés de tener entre sus manos la sangre vital del bosque.

Lo que había pasado aquella noche de lluvia no era nada normal; los Florentinos habían desaparecido. ¿Será que Aurora podrá salvar al manantial del Corazón Blanco?, y ¿quién era aquel hombre de ojos como el fuego?, ¿será que el Corazón Blanco resistirá? Todo era impredecible; Aurora estaba asustada, confundida y solo quería despertar en aquel momento, donde el sol golpeó su cara de esa mañana, donde solo comió unas simples galletas, para ir a trabajar hacia la Guayacana; quería volver a casa; estaba cansada; su armadura de caballero dorado estaba destrozada; solo quería morir y despertar estando con su abuelo Arcaico, para que sus dulces palabras de consuelo llenaran el vacío de su alma.

– Nieta mía, yo te estoy guiando; estoy en tu corazón; mi retoño de mi alma solo alza la cabeza, suspira, respira el aire que rompe en tu cara y solo siente a los dioses que puedes tocar; el aire, el suelo, la tierra, el lodo, el árbol, el río. Mira, mi niña, tú tienes ese don; vive y aprovéchalo y, si morir quieres, solo quedaría decirte: todos volveremos a casa, pero no todos volveremos como queríamos.